

Cortés, cuyas grandes dotes políticas no pueden ménos que ser reconocidas, comprendió al llegar los franciscanos que ellos habían de ser los verdaderos conquistadores, y salió á recibirlos en union del feroz Pedro de Alvarado y otros capitanes, de los principales vecinos y de los caciques. Al acercarse los misioneros, que sólo traían cruces de madera en las manos, Cortés y su comitiva se arrodillaron, besaron las manos de los sacerdotes con el mayor respeto, y los condujeron al alojamiento que les tenían prevenido. Cortés aprovechó esta oportunidad para predicar una vez más.

Fácil es graduar cuál no sería el asombro de los indios al ver á aquellos hombres humildes recibiendo homenajes de los que en su orgullo se creían dueños, no sólo de la tierra, sino de la vida de los naturales.

Que no era el espíritu religioso del conquistador el que le movía á hacer aquellas demostraciones de reverencia, sino miras políticas, se descubre recorriendo las páginas de la historia de aquellos tiempos. Cuando Cortés y los suyos vieron en los franciscanos á los defensores de los indios; cuando palparon que no venían á prestarse de instrumentos para consumir la esclavitud de aquellos desgraciados, sino á evi-

tar su desaparicion y á reivindicar sus ultrajados derechos, entónces llegaron los españoles á pretender asesinar á aquellos mismos sacerdotes poco ántes recibidos de la manera ya dicha.

---

MAYO 14.

1816.—*D. Manuel T. Almeida.*

---

El jóven mecánico de quien vamos á hablar, nació en Mérida, el 14 de Abril de 1816.

Desde que comenzó sus estudios, reveló gran capacidad para ellos; mas se vió obligado á dejarlos, á causa de que su padre le dedicaba al comercio. Empero si abandonó el colegio forzosamente, no así el estudio, al que consagraba las horas que sus ocupaciones le dejaban libres. Almeida tenía gran disposicion para ciencias como la química y la mecánica, y convencido de la impor-

tancia de ellas y de la utilidad de su aplicación en el país, les dedicaba especial atención. Al efecto, y dirigido por el Sr. Espinosa hizo rápidos y admirables progresos en el estudio de las matemáticas.

Su primera obra, en que descubrió la facultad creadora de su espíritu, fué una máquina para fabricar velas con grande economía de tiempo y brazos, y consiguiendo notable perfeccion y hermosura. En seguida inventó otra para mejorar y facilitar el corte del jabon.

Almeida fué el primero que perfeccionó en Mérida la encuadernacion de libros; sin que nadie le hubiese enseñado, dió jaspe á las pieles, y en una palabra, consiguió mejorar aquel oficio ú arte, considerablemente.

La litografía fué objeto de su constante dedicacion, y los ensayos que hizo en el ramo, si no alcanzaron la perfeccion, sí dieron evidentes pruebas de que la habría logrado, si la muerte, que ya le acechaba, no hubiese interrumpido aquellas útiles tareas. Aun en los últimos días de su vida, estuvo dedicado á sus artes favoritas, y le honran sobremodera y obligan la gratitud de sus compatriotas las siguientes palabras que pronunció poco ántes de morir: "Nada siento más

que el no poder concluir varias obras que habrían sido útiles á mi patria."

Tuvo felices disposiciones para la música; la conocía y escribía bien. Como calígrafo era verdaderamente una notabilidad: no solamente hacía con la sola pluma todo género de letras, sino que retrataba, tomaba vistas, y la convertía, puede decirse así, en un pincel.

Almeida murió de 29 años.

---

MAYO 15.

1670.—*D. Simon Esteban Beltran Alzate.*

---

Nació en la ciudad de México en el año de 1620, de una familia ilustre, y fué hermano de la condesa de Peñalva, de grata recordacion por las obras de beneficencia que hizo. En la Universidad hizo sus estudios y recibió los grados de maestro en ar-

tes y doctor teólogo, y fué catedrático de prima de filosofía y jubilado de Escritura Sagrada. Elevado á canónigo y magistral de Michoacan, pasó á la capital de ese Estado, que tuvo que abandonar despues por haber obtenido igual canongía en la catedral de México, y las dignidades de tesoro y maestrescuelas, y la abadía del convento de San Pedro. Falleció el dia 15 de Mayo de 1670, y á pocos dias llegó de España la noticia de haber sido presentado por el rey para el arzobispado de Manila. —Hizo muchas fundaciones piadosas, dejó fincados *sesenta mil pesos* para dotacion de huérfanas y *cuatro mil* para misas. Dejó varias piezas de oratoria sagrada, impresas; entre ellas la que pronunció en la solemne dedicacion de la Catedral de México. Esto solo revela que Alzate fué un orador distinguido, pues es natural suponer que para una festividad tan notable se hubiese escogido al mejor orador de entónces.

---

1784.—D. José Rodriguez Vallejo y Frias.

Las escasas noticias que tenemos de este distinguido orador sagrado, son las siguién-

tes. Nació en la ciudad de Querétaro, y fué doctor teólogo por la Universidad de México; fué colegial de oposicion en el de San Francisco Javier de su ciudad natal, vicerector y catedrático dos veces en el colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia), y dió siempre gran esplendor á su patria con su raro talento y gran literatura, segun sus biógrafos. Estos mismos aseguran que los sermones y poesías de Rodriguez Vallejo se miraban con la mayor estimacion y que él mereció por sus letras y sabias oposiciones ser elevado á la canongía lectoral de la catedral de Michoacan. En México falleció, el dia 15 de Mayo de 1784.—Ciertamente que no son las brevísimas noticias anteriores las que suministren todas las que se necesitan para hacer una biografía y juzgar bien á un personaje. Empero, muchas ocasiones no nos es dado obtener mejores datos, y nos conformamos con los que existen, más bien que á vernos obligados á suprimir ciertos nombres que son un título de honra cuando no de gloria para los pueblos.

---

MAYO 16.

1668.—*El P. Antonio Peralta.*

El teólogo distinguido de quien vamos á hablar, nació en Zumpango de la Laguna, el día 16 de Abril de 1668, siendo su padre el alcalde mayor de aquel partido.

Vistió la sotana de jesuita, en México; enseñó aquí y en Puebla Filosofía y Teología y gobernó las principales casas de la Compañía de Jesus en la N. E. En 1736 fué nombrado provincial de México y estando en la visita del colegio de Pátzcuaro falleció allí en dicho año. «Fué el P. Peralta, dice un biógrafo; un teólogo comparable á los más sutiles ingenios que tuvo la Compañía de Jesus en las Academias de Europa, y habría sido uno de los más útiles maestros de la Teología, si el genio de su siglo no hubiese sido todavía en la América el del Escolasticismo.» Escribió. *Dissertationes Scholasticae de Sacratissima Virgini Mariae.* Mexici 1721.—*Dissertationes*

*Scholasticae de Divina Scientia Media.* Mexici 1724.—*Dissertationes Scholasticae de Divinis Decretis.* Mexici 1727.—*Dissertationes Scholasticae de Sancto Josepho.* Mexici 1729.—Todas estas obras fueron reimpresas en 1734. Además, dejó catorce tomos en 4.º Mss. de Teología y Jurisprudencia, de los que se conservaban algunos en la Biblioteca de la Universidad de México.

MAYO 17.

1683.—*Entrada de Lorencillo en Veracruz.*

Entre los grandes recuerdos históricos que encierra la ciudad de Veracruz, ninguno es más trágico ni más palpitante que el de la terrible invasión de los piratas capitaneados por Lorenzo Jácome. Existen diversas relaciones de suceso tan funesto; pe-

ro la mejor, á nuestro juicio, es la debida al P. Alegre, uno de nuestros mejores historiadores. A pesar de su extension, vamos á darla á conocer.

«Lunes 17 de Mayo, dice, como á las cuatro de la tarde, se avistaron dos velas que parecía hacer por el puerto. El gobernador de la ciudad, persuadido á que fuesen dos que se esperaban de Caracas, ó acaso algunos de la flota, que segun se tenía noticia navegaba desde 1º de Marzo, no hizo de la novedad el aprecio merecido. Al oscurecer la noche, se hicieron fuera las dos embarcaciones y se perdieron de vista. Esta maniobra dió mucho que maliciar al castellano de San Juan de Ulúa y al sargento mayor, que comunicaron sus sospechas al gobernador de la plaza. Se dispuso que algunas compañías, que no eran de guardia, se acuartelasen en las casas de sus respectivos capitanes. Se avisó á los baluartes y centinelas, y se prepararon patrullas que rondasen aquella noche la ciudad con mayor número del acostumbrado. El mismo gobernador en persona rondó la mayor parte de la noche, y no reconociendo novedad, se recogió sin cuidado. Los enemigos, amparados de la oscuridad, y guiados de algunos buenos prácticos, que años ántes habían es-

tado allí prisioneros: dejadas las dos embarcaciones fuera de tiro de cañon de la ciudadela y de la plaza, saltaron en piraguas y barcas pequeñas, y desembarcaron á barlovento de la ciudad, á una legua corta, donde despues se puso la Vigía que hoy llaman de *Vergara*. Venían en los dos barcos ochocientos hombres de armas, mandados por *Lorenzo Jácome* y *Nicolás Agramont*, nuevo pirata que el año antecedente se levantó con una urca del asentista de cgeros. Marcharon hacia Veracruz doscientos hombres con algunos de los prácticos aomandados por Lorenzo Jácome. Llegaron á estar sobre la plaza justamente á tiempo que el centinela del cuerpo de guardia to-toba las doce. A esta hora, fuera de las doce campanadas, es estilo tocar algunas otras pocas más apresuradamente. Esta costumbre estuvo para salvar á Veracruz de aquellas manos impías. Los franceses creyendo haber sido sentidos, y que aquel toque era arrebató, dieron tumultuariamente la vuelta, y hubieran corrido hasta sus navíos, si los prisioneros que traían no les hubiesen desengañado de su error. Tomado aliento, volvieron á la marcha, y Lorenzo Jácome, con algunos pocos salvada la estacada, que entónces era aún más baja de lo que es hoy,

y á raíz del suelo, entró en la ciudad hasta la plaza. Observó el cuerpo de guardia y las calles vecinas: un profundo silencio y una suma quietud reinaba en todas partes.

No dudó ser dueño de la ciudad, y mandó que se pudiesen en marcha los seiscientos hombres que habían quedado en la plaza. A la misma hora que llegaron se hubiera dado el asalto si los prisioneros no le hubieran aconsejado que esperase á la madrugada, tiempo en que suele ser más pesado el sueño, que á causa del calor no suele lograrse á prima noche. Entre tanto, acordonaron á la ciudad en la mejor forma, que les permitía la escasez de su gente, y se mandaron disponer para el asalto al despuntar el día; pero tuvieron que esperar, y á las cuatro ó poco más de la mañana tenían ya repartidas sus tropas por todas las bocas calles. Nicolás Agramont, se encargó del asalto de la plaza principal y cuerpo de guardia en que verosimilmente debía estar la mayor fuerza: setenta de los suyos le acompañaban. Al ruido de la marcha salieron de sus casas el sargento mayor D. Mateo de Huidrobo y el capitán D. Jorge Algara con espada en mano; entrambos con un soldado que tuvo valor de agregárseles, quedaron luego muertos á balazos con pérdida

de un frances, y heridas de uno ó dos. De los soldados de guardia, unos cuantos se retiraron á un cuarto bajo que les sirve de cuartel, otros subieron á avisar al gobernador, que viendo ya perdida la plaza, procuró ponerse en salvo; toda la facción apenas duraría un cuarto de hora. Con la misma facilidad se apoderaron de los baluartes, que entónces no eran más que dos. Lorenzo Jácome, acometió el de la pólvora á sotavento de la ciudad, y á otro de los principales se le encomendó el de la Caleta. Dispararon sobre cada uno tres ó cuatro granadas y algunos arcabúces con que se rindieron al punto los pocos soldados que había de guarnicion; así en media hora ó poco más se hallaron dueños de las vidas y haciendas de todos los vecinos. El espanto y pavor se había apoderado de tal suerte de los ánimos, que ni aun pensaron en defenderse. Sobraba pólvora en los almacenes, sobaban mosquetes, de los cuales, despues de proveidos despedazaron más de *cuatro mil* en la plaza. En el número de la gente había cuatro ó cinco hombres en Veracruz para aquel puño de franceses.

Se tuvo aviso de los designios del enemigo, del presidente de Santo Domingo, de Madrid y aun de Guatemala. Nada bastan

las prevenciones y las diligencias humanas cuando Dios quiere castigar. Cerró el Señor todas las puertas por donde se pudiesen librar. Los barcos pescadores que todos los días salen muchas leguas mar á fuera, no habían salido aquel lunes. Los muchos estancieros que madrugan á traer á la ciudad todo género de hortaliza, no pudieron entrar, ni dar aviso alguno. La flota se esperaba de España, y que segun ciertas noticias, se había hecho á la vela desde 1.º de Marzo sin contratiempo alguno, tardó noventa y cuatro días, y llegó puntualmente cuando ni pudo socorrer á la ciudad, ni dar alcance al enemigo para recobrar el botín. Pero volvamos á la narracion.

Ocupados los puestos en que pudiera haber resistencia, se dividieron en pelotones por todas las casas de la ciudad. ¡Infeliz el hombre, mujer ó niño que la curiosidad ó el espanto hacía salir á la calle ó asomarse á alguna ventana! Pagaba infaliblemente con la vida. Un religioso anciano de San Agustín fué la primera víctima en este género, á que siguieron despues otros muchos. Los prisioneros, sus conductores, los guiaron desde luego á las casas religiosas y á las de los sujetos más ricos. Entre los demas, llegaron á nuestro colegio. Los padres,

desde la madrugada, avisados de los primeros tiros, habían tenido cuidado de consumir el adorable cuerpo de Jesucristo y ocultar cuanto pudieron de la plata de la Iglesia, aunque todo inútilmente, como despues veremos. Llamados al toque de la campanilla, que en otras partes eran balazos á las puertas, bajaron á la portería, y suplicaron les diesen buen cuartel, que se les prometió francamente, y se correspondió muy al contrario. Miéntas los unos repartidos por la ciudad robaban las casas, á los vecinos, sin distincion alguna de sexo, edad ó condicion, llevaban á la plaza y hacían sentar en el suelo, dejando en medio campo para amontonar el botín que allí iban recogiendo de los diversos cuarteles de la ciudad. Junta la mayor parte de la gente, hicieron abrir por fuerza la iglesia parroquial y puesta la tropa en dos filas á los lados de la puerta que mira á la plaza, hicieron entrar á todos. No puede ponderarse dignamente la opresion, el calor, la hambre, sed é incomodidades que pasaron los infelices habitantes desde el mártes 18 de Mayo, en que fueron allí encerrados hasta el sábado 22. Más de seiscientas personas entraron las primeras; número que á cada hora se fué aumentando con todos los demas vecinos,

fuera de los que tuvieron la fortuna de escapar á los montes. Cada una de estas reclusas aumentaba considerablemente el mal de todos, hasta llegar á no haber sino de piés y apretados unos contra otros, sin libertad de mudar de situación. Ahogáronse algunos niños y mujeres, y murieron algunos de hambre, pues para tanto número de gentes no se repartían sino dos costales de bizcocho durísimo, y algunas botijas de agua por día. Tuviron mejor fortuna mil y quinientos negros esclavos, de quienes necesitaban para la conduccion de la presa.

Al día siguiente por la mañana se agregó á las demas penalidades un peligro próximo de la vida en todos los presos de la iglesia. No contentos los piratas con toda la riqueza que habían juntado el día antecedente, y la que sabían haber aún en las casas que registrarán, persuadidos á que se hubiese ocultado mucha parte, quisieron descubrir con amenazas cuánto hubiese en esta parte. Para este efecto, introdujeron en la iglesia un cajon de pólvora, y poner en medio de ella una bandera roja. Lorenzo Jácome, con la espada desenvainada, y haciéndose lugar á costa de la opresion de la gente, se paseaba por el cuerpo con un aire de soberanía y de fuerza, gritando con voz ronca y espan-

tosa que si no se descubrían los tesoros ocultos, allí morirían todos volada la iglesia y oprimidos de sus ruinas. Los gritos lastimosos de las mujeres y niños, las voces de los hombres, ó para satisfacer á aquel bárbaro, ó para implorar la Clemencia Divina: los violentos movimientos de toda aquella pobre gente por alejarse del cajon á que se había ya puesto una mecha, aunque á distancia grande; en fin, la confusion y el tumulto fué tal, que murieron ahogadas algunas personas, y muchas que tuvieron las desgracia de estar junto á algun banco ó pilar con brazo ó pierna, salieron con ella quebrada. En aquel alboroto, la fuerza de los que huían, quebró la puerta de la sacristía, por donde sin poderlo estorbar los piratas salió gran parte de la gente no sin muerte de algunos y heridas de muchísimos. Por momentos esperaban la muerte, cuando Lorenzo Jácome enarbolando una bandera blanca pronunció el perdon, y el seguro de que no se ejecutaria tan inhumana sentencia. A penas se había algun tanto respirado de la pasada congoja, comenzando á hacer en los sujetos particulares diligencias para descubrir los imaginarios tesoros que les fingía su codicia, el primero que experimentó su furor, como uno de los objetos más acauda-



lados de la ciudad, fué el capitán D. Fermin de Zazueta. Cargáronlo de oprobios en medio de la multitud, y amenazáronle de mil modos para que dijese dónde había escondido sus bienes. Respondía que todo cuanto tenía propio y ajeno, había quedado en su casa, y en ella hallarían tanto, que no habría lugar de presumir se hubiese ocultado cosa alguna. No satisfechos de esta respuesta, le dieron muchos cintarazos, y aun llegaron á ponerle al cuello un alfange para obligarle á prometer alguna considerable porción por su rescate. Esta misma suerte corrieron todos los sujetos de algun caudal y distincion. A los seglares ricos siguieron los prelados de las religiones. Distinguieron entre los demas, ó por su particular aficion (que es muy conocida la que han tenido siempre los herejes de Francia) ó por la fama comun de riqueza al padre rector de la Compañía, llamándolo el primero.

Era en la actualidad rector de aquel colegio el padre Bernabé de Soto, hombre anciano, venerable y muy quebrantado de los trabajos en trece años de misiones. Sacáronlo de la iglesia á la mitad de la plaza con grande algazara en sotana y manteo, sin sombrero ó bonete, extremadamente debilitado del ayuno total del día pasado y de la

opresion y falta de sueño. Pusiéronle en presencia de Lorenzo Jácome, que le mandó hincar de rodillas en una estera, y juntar las manos ante el pecho en ademan humilde y respetuoso. En esta postura, despues de haberlo vituperado como al hombre más indigno del mundo y amenazándole que ni él ni alguno de los suyos había de quedar con vida, le dijeron que el Gobernador de la ciudad había ofrecido por el rescate de su persona setenta mil pesos, que en vista de esta cantidad viesse lo que podría ofrecer por el suyo. El buen anciano respondió que no tenía un maravedí, que el colegio y templo estaba en su poder, sin embargo, le mandaron que ofreciera; detúvose algun rato pensando lo que podría conseguir, y ofreció quinientos pesos. No bien había pronunciado estas palabras cuando un frances descargó sobre su espalda tres cintarazos, que cada uno le hacía besar la tierra. Pusiéronle inmediatamente un cuchillo á la garganta, al tiempo que otro de los franceses retiró la mano del sayon, diciendo que se le perdonaba la vida, pero que irremisiblemente había de dar cincuenta mil pesos. Despues de esto lo apartaron de los demas, y lo llevaron al palacio. Siguióse el R. P. guardian de San Francisco, á

quien pusieron una soga al cuello, como para ahorcarle y pidieron doscientos mil pesos. Trecientos mil al padre prior de Santo Domingo, y todos fueron despues llevados al mismo lugar, donde se habian ya apoderado de la persona del Gobernador, muy maltratado de palos y cintarazos que habian llovido sobre él. El padre Bernabé de Soto, solía repetir que desde este dia había hecho un alto concepto del oficio de rector, pues á no serlo, hubiera padecido lo mismo que los demas, y no lo hubieran singularizado tanto en los agasajos.

Entre tanto, era cada dia más insoportable la prision que padecía en la iglesia parroquial ei resto de los vecinos. La apretura, la hediondez, el bochorno, la hambre y la sed, la vista de muchos enfermos y de otros que morian, los palos y heridas que llovían sobre la muchedumbre en la forzosa confusion que ocasionaba la distribucion del alimento, el dolor que necesariamente causaba á los pechos cristianos ver de aquel modo indigno profanado el lugar santo y convertido en la pocilga más inmunda el templo de Dios vivo; todo esto junto, que hacía ciertamente indefectible la muerte de todos los ciudadanos, movió al capitán D. Fermin de Zazueta y D. Miguel de Ascué,

para que otorgada licencia del cabo, se presentasen á los dos jefes la mañana del jueves. Representáronles que toda la ciudad moría allí de hambre y de miseria, que ¿cuáles eran los motivos y delitos de aquella pobre gente, de las mujeres y niños para padecer tantos trabajos? ¿Por qué se les negaban los alimentos, se les escaseaba el agua, y negaba todo consuelo? ¿No han cedido todos sus caudales? ¿No han dado hasta lo necesario para su decencia? ¿Pueden hacer más? Las cabezas de las familias han ofrecido ya por su rescate más de lo que pueden. La suma inmensa que se pide por el rescate de la plaza, si la hay en ella, ya está en vuestras manos: si no la hay, sería necesario recurrir á lugares setenta y ochenta leguas distantes donde tenemos nuestros correspondientes: esto no puede hacerse en poco tiempo como pretendéis, y si tarda algunos dias, ¿para qué es tratar de rescatarnos despues de la muerte de nuestras mujeres y de nuestros hijos, despues del saqueo de los templos y de cuanto tenemos más amable que la misma vida? Esta cristiana libertad hizo impresion en aquellos fieros ánimos. Mandó luego Nicolás Agramon que se aumentase la porcion del alimento y del agua, prometió que presto los pondría en libertad,

y convidó á su mesa al capitán D. Fermin, demostracion no usada hasta entónces de aquella chusma infame, y que dió á las gentes afligidas algun rayo de esperanza.

Ya por este tiempo habían comenzado los piratas á conducir á sus barcos de dia y de noche, por tierra y en carretas, y trasladado en piraguas cuanto habían sacado de la ciudad. Para la mañana siguiente del sábado 22 habían determinado salir de la ciudad y llevar consigo á todos sus habitantes á la isla de Sacrificios, situada al Oriente de Veracruz y al Sur de San Juan de Ulúa. La tarde del viérnes, por una lista que ya tenían formada, fueron llamando á todos los vecinos, y en su presencia, les dieron sentencia de ser pasados á cuchillo y quemada la ciudad si no descubrían los bienes ocultos. Estando en esto, ó fuese contingencia ó artificio inventado, y prevenido de ellos mismos, entró por medio de la ásamblea uno de sus ministros con un paño lleno de joyas de mucho valor y algunas talegas que decía haber encontrado muy ocultas. Con esto se persuadió, ó pareció persuadirse que había mucho aún por descubrir. Crecieron tanto las amenazas, y había tantos motivos para temerlo todo de su inhumanidad y codicia, que el vicario y juez

eclesiástico D. Benito Alvarez de Toledo, se encargó de ir á la iglesia y persuadir á todos á manifestar aún lo más mínimo, é intimarles aquella triste sentencia. Subió el vicario al púlpito y les exhortó más con lágrimas que con palabras á que con la manifestacion de cosas tan pocas y rateras, como podían ser las que acaso ocultaban, redimiesen la ruina de su patria y sus propias vidas, que á cada instante peligraban. Repartiéronse juntos con los soldados franceses que llevaban los sacos algunos clérigos encargados de recoger lo que tenían en la iglesia, y fuera de ella acompañaban otros á uno de los alcaldes ordinarios. La suma que sacaron con este artificio, pasó segun lo que ménos, de treinta mil pesos. Mientras esto se ejecutaba, trataron los principales de la ciudad de ajustar por último el rescate de ella. Despues de muchas altercaciones y amenazas, dijeron los dos jefes, que atendidas las fábricas y muchas otras cosas, á que habían perdonado, era muy poco un millon; pero que usando de su *liberalidad y clemencia*, se contentarían con doscientos mil pesos. A instancias de los diputados, quedaron al dia siguiente, sábado por la mañana, en ciento cincuenta mil pesos, que deberían entregarse dentro

de diez días; quedando en rehenes las personas más distinguidas del lugar. Con esto resolvieron pasarse al punto que llaman los Hornos, como una legua al Sur de Veracruz.

Tomada esta resolución, mandan salir de la iglesia á todos los hombres y mujeres, negras y mulatas, quedando allí las españolas. Puestos en la plaza y escoltados de buena guardia, apartan veinte de los principales que habían de llevar en rehenes, y fuera de los sacerdotes y religiosos, hacen á todos los demas cargar, sin distincion alguna sobre sus espaldas los muchos lios de ropa y fardos de todos géneros, harina, pólvora, grana y semillas que habían juntado en las calles; hombres y mujeres, amos y esclavos, vergonzosamente comprendidos y mezclados, sin más distincion que el mayor sonrojo y abatimiento, eran por grado ó por fuerza cargados de peso, á veces muy superior á sus fuerzas. La grita, los cintarazos y palos, eran el alivio del que caía, singularmente si era español y persona autorizada. Con este inmenso trabajo, á las doce del día llegaban á los Hornos caminando cargados, hambrientos y débiles en el país y estación más calurosa del año y del día, sobre un terreno arenoso y ardiente. En

los Hornos esperaban ya las piraguas con que fueron conducidos los rehenes á la Capitana, y los demas á la isla de Sacrificios á continuar ménos la opresion, todas las demas incomodidades que habían tolerado en tiempo de su prision en la parroquial. Allí estuvieron desde el dicho día sábado 22, hasta el domingo 30 de Mayo que se les entregó el dinero prometido. De los rehenes que habían llevado á la Capitana, volvieron luego cuatro, dos que procurasen bastimentos para los que estaban en Sacrificios, y dos que tratasen del cumplimiento del rescate. La diligencia de los dos primeros, prestó poco, y si no fuera por la de D. Francisco Carranza, alcalde ordinario, de D. Domingo de Urizar y del hermano Francisco de Leon, coadjutor de la Compañía, hubieran perecido de hambre en Sacrificios cerca de tres mil personas. Desde el lunes 24 enviaron igualmente á Sacrificios los rehenes restantes, que eran diez y seis, dándoles por cárcel un polvero de horno de cal de ocho varas de largo y tres de ancho, en que estuvieron ocho días. Eran los principales el gobernador de la ciudad, el vicario eclesiástico, los padres de Santo Domingo y San Agustín, el padre guardian de San Francisco, el padre Bernabé de Soto, y el

padre Juan del Castillo, jesuitas. El botin que sacaron de la ciudad, no pudo saberse individualmente. En plata labrada pasaron de *mil arrobas*; en reales, por la distribución que se supo despues, cupieron á cada soldado raso, más de *seiscientos pesos*, y eran los de esta clase mil y cien hombres, fuera de lo que se partió á cada uno de los once barcos, y lo que tomaron para sí los oficiales y los jefes, cuyas cuotas verosíblemente debieron ser cuatro, seis y aun diez y doce ó veinte veces mayores. Añádense mil y quinientos esclavos, joyas, grana, añil, harina, caldos, lencería y otros muchos efectos de España y de América, de que es la garganta aquel puerto, y se confirmará el juicio que se formó entónces de que la pérdida montaba á más de *cuatro millones*, en sólo que ellos pudieron aprovechar. De cuanto no podía servirles en escritorios, mesas, camas, espejós y otros muebles de casas, todo lo quebraban y hacían pedazos, singularmente puertas y ventanas. Finalmente, el día 1º de Junio se hicieron á la vela cargados de despojos, con sólo la pérdida de treinta y cinco hombres por diversos accidentes en Veracruz, ó por resistencia que hicieron al principio muy pocos: á los golpes y malos tratamientos pasaron de

cuatrocientos los muertos. El mismo día que se hicieron á la vela los piratas, se dejaron ver algunos navíos de la flota, que tanto tiempo había que se esperaba, y solo llegó á ser testigo de la desgracia. Con la noticia, se destacaron la Capitana y otros navíos á darles alcance, y la burla que hicieron de sus inútiles esfuerzos, no fué el menor de sus triunfos. Fuera de los desacatos cometidos en la iglesia parroquial, conservaron el respeto á las demas iglesias; no en cuanto á saquearlas y llevarse comprendidos y mezclados con los muebles más viles los vasos sagrados, que en esto todas fueron iguales. No profanaron las santas imágenes, sino en la parroquial y en nuestro colegio.

MAYO 18.

1822.—*Iturbide es proclamado Emperador.*

El Sr. Roa Bárcena, que es no sólo uno de nuestros mejores literatos, sino también concienzudo historiador, refiere de la manera siguiente el hecho que hoy conmemoramos:

„La Regencia no había dado paso alguno cerca de Fernando VII para provocar el cumplimiento de lo pactado con O'Donujú, y el 13 de Febrero de 1822 las Cortes de España declararon nulo el Tratado de Córdoba, limitándose á enviar comisionados que tratasen con los Gobiernos establecidos en las colonias independientes. Tal aclaración dió alas al partido iturbidista y exaltó á su contrario, compuesto de borbónicos y republicanos; el Congreso comenzó á discutir un Reglamento para la Regencia, é iba á aprobar el artículo que prohibía á los individuos de ella ejercer mando

alguno de armas, con lo cual se trataba de eliminar á Iturbide, cuando Pío Marcha, sargento del antiguo regimiento de Celaya, lo proclamó Emperador la noche del 18 de Mayo (1822) en el cuartel de San Hipólito. Fué secundado el grito en los demás cuarteles, en el teatro y en los barrios, y se anunció el suceso en la ciudad con repiques y salvas de artillería. El generalísimo expidió una proclama proponiendo que se oyese el voto del Congreso, y la guarnición ocurrió á este Cuerpo, excitándolo á que deliberase. Los diputados se reunieron al día siguiente, y no considerándose seguros, invitaron á Iturbide á que concurriese á la sesión; el pueblo invadió las galerías pidiendo en alta voz la declaración solicitada; y aunque algunos representantes alegaban falta de facultades para hacerla y proponían que se consultase el voto de las provincias, después de una discusión turbulenta, á las cuatro de la tarde quedó electo Emperador el hombre á quien la suerte reservaba una caída tan rápida como su enaltecimiento.“

MAYO 19.

1817.—*D. Vicente Calero Quintana.*

Uno de los escritores más notables que ha tenido Yucatan, es el Sr. D. Vicente Calero Quintana.

Nació en la ciudad de Mérida el 19 de Mayo de 1817. Despues de haber terminado sus estudios preparatorios, en los que reveló sus brillantes disposiciones, emprendió un viaje á la capital de la Nacion con el objeto de cursar la medicina, á la cual parecía inclinado; pero habiendo llegado á México, cuando aún no se habian establecido cátedras de enseñanza de aquella facultad, apenas pudo cursar en lo privado anatomía, química y botánica, habiéndole obligado á suspender sus estudios, causas que ignoramos y que acaso sean como acertadamente juzgaron los compiladores de la coleccion de *Poetas yucatecos y tabasqueños*, ó la inestabilidad que parece ser el sello característico de nuestras instituciones y orden públi-

co, ó la poca confianza en la ciencia á que habia consagrado los dias de su juventud.

Calero Quintana abandonó la senda que habia intentado seguir y halló en el estudio de las letras todos los encantos y atractivos que podia apetecer una alma jóven y apasionada, de tal suerte, que empleó los primeros años de su juventud en el estudio de las mejores obras y en oír los luminosos consejos de su benemérito tío D. Andrés Quintana Roo.

En 1839, despues de haber recorrido las principales ciudades de la Union americana, volvió á su Estado natal, en donde publicó algunos fragmentos del libro de las memorias de su viaje.

En atencion á sus vastos conocimientos y á su mérito reconocido por todos, fué nombrado representante á la Legislatura del Estado, senador una vez, otra Consejero de gobierno y por dos ocasiones diputado al Congreso general de la Nacion.

Acerca del mérito de sus escritos, dice así uno de sus biógrafos:

“Como escritor prosista, Calero Quintana fué eminente, y en sus producciones de este género no se sabe qué admirar más, si la pureza y correccion de su lenguaje, ó la originalidad de sus pensamientos, cosas que á

la verdad no se ven reunidas sino en los escritores de genio que no se han abandonado á sus libres arranques, sino que han bebido en los buenos autores á fuerza de estudio, los conocimientos indispensables para llenar cumplidamente el tan repetido cuanto olvidado precepto: *delectare ac monere.*"

Tambien escribió algunas composiciones poéticas, pero sin embargo de conocer como ninguno las reglas del arte, no dejó obras en este género que le den nombre; no era ésta la senda en que el Sr. Calero Quintana, debía ostentar la belleza de las dotes de su alma.

Fué redactor de periódicos de mérito inquestionable, los mejores quizá que posea el país, tales como el *Registro*, el *Museo* y el *Mosaico*; fué uno de los más distinguidos y ardientes individuos de la Academia de ciencias y literatura, y en México tomó parte en la redaccion del *Diccionario universal de historia y geografia*.

El día 10 de Octubre de 1853, año de funestos recuerdos para Yucatan, dejó de existir el eminente literato de quien nos acabamos de ocupar.

MAYO 20.

1774.—D. Cayetano Cabrera Quintero.

Las únicas noticias que de este escritor tenemos, son las recogidas por Beristain y reproducidas despues en los *Diccionarios* de Andrade y Pérez Hernández.

Natural de la ciudad de México, presbítero secular de su arzobispado, tan pio como laborioso, y tan erudito en las ciencias sagradas como en las profanas, Cabrera Quintero, fué colegial del Seminario Tridentino, y capellan maestro de pajes del virey y arzobispo Vizarron. Vivía aún en 1774.—Entre los numerosos escritos de Cabrera Quintero el más notable es su *Escudo de armas de México*, un tomo, folio, dedicado al rey Fernando VII. México 1746. Se escribió de órden del virey arzobispo Vizarron, y á costa de la ciudad. Es una historia de la terrible epidemia llamada "Matlazahual," que se padeció en México y en todo el país en los años de 1736 y 37. En